

tenaz resistencia.» Tal exigencia presuponia que los reyes francos no eran soberanos en su país sino simples administradores episcopales: Roma no se había atrevido nunca á usar tal lenguaje ni siquiera contra los exarcas. Creciendo luego en energía la expresión, se preguntaba en aquella carta de qué antro había sido vomitada la «nueva ley» en que se fundaban tan inauditas exigencias. Hasta entonces, los obispos, incluso el de Roma, habían tenido que obedecer las leyes del Estado como emanadas del emperador y del rey, pudiendo citarse algunos testimonios pontificios en apoyo de este aserto. La pretensión de Adriano relativa á la sentencia dictada contra el obispo de Laon fué rechazada en definitiva por ilegal y se amonestó al papa para que en lo sucesivo se abstuviera de dictar mandatos y pronunciar amenazas semejantes, por estar en abierta contradicción con las Sagradas Escrituras, con las doctrinas de anteriores papas y con las leyes de la Iglesia, previniéndosele que si se apartaba de esta regla perdería su validez el privilegio concedido al apóstol Pedro, es decir, la primacía del obispo de Roma dejaría de ser reconocida, pues era preciso rechazar todo aquello que se pretendiera, por quien quiera que fuese, saliéndose de aquella norma. Este notable giro de lenguaje da á comprender que á un hombre tan iniciado como Hincmaro de Reims en las cuestiones de su tiempo, no se le ocultaba el secreto en que estaba envuelto el origen de las falsas decretales y que no tenía reparo en descubrirlo y en llevar á la barra por falsificadora á la autoridad eclesiástica, amenazando con rechazar en adelante todas sus desmedidas pretensiones. Ciertamente que no era de temer que tal aconteciera; pero el enérgico lenguaje del rey y la actitud resuelta del metropolitano de Reims y de su episcopado hicieron tal impresión en el ánimo del papa, que se apresuró á ceder y abandonó al obispo de Laon á su suerte, bien que sin aprobar expresamente lo sucedido.

Este cambio ocurrido en la política pontificia se explica por el estado en que se encontraban las cosas en Italia y por el temor que semejante estado inspiraba al papa. En efecto, después que Luis el Germánico y Carlos el Calvo, sin atender para nada las reclamaciones del pontificado se hubieron repartido el reino de Lotario II, prescindiendo del derecho hereditario de su sobrino el emperador Luis II, era de esperar que á la muerte de este último sin hijos se repetiría el procedimiento respecto de Italia, que entonces se encontraría sin soberano, resultando de aquí que el imperio pasaría á manos del poderoso y desconsiderado rey alemán. Adriano II no podía esperar conservar enfrente de Luis la posición independiente de que hasta entonces había gozado. En manos de Luis el Germánico el degradado é impotente imperio podía volver á adquirir cierta importancia: Italia, Roma y el pontificado tendrían de nuevo un soberano que exigiría obediencia y que, en caso necesario, sabría obligar á que se le prestaran. Por eso Adriano II se esforzó por oponer obstáculos en Italia á la sucesión del rey de la Francia oriental, aunque solo pudiera conseguir su objeto con auxilio de Carlos el Calvo. En su consecuencia, procuró evitar el rompimiento con Carlos, que parecía inminente después de la correspondencia que había mediado, y reconciliarse con él por medio de afectuosas declaraciones. ¡Cuánto habían cambiado las cosas con el transcurso del tiempo! La Iglesia, que hasta entonces había sido la principal defensora de la unidad del imperio y que creyó atender á sus especiales intereses cuando sustituyó al débil Ludovico Pio con el enérgico Lotario, hacia á la sazón todos los esfuerzos imaginables y no reparaba en ciertas humillaciones para evitar el peligro inminente de una unión del imperio y para impedir que la dignidad imperial pasara á manos del excelente Luis el Germánico. Por eso fomentaba con toda in-

tención la desconfianza que separaba entre sí á los dos hermanos y favorecía todo aquello que podía ser obstáculo al desarrollo de la política unitaria de la dinastía de los carolingios. El sucesor de Adriano, Juan VIII (872-882), siguió el mismo camino, é hizo cuanto en su mano estuvo para convertir á Carlos el Calvo en aliado y protector de la Iglesia contra los esfuerzos de Luis. Como era natural, quedó marcado entonces el destino del rudo Carloman, al cual abandonó la Iglesia para no indisponerse con su padre. Carloman, vencido y hecho prisionero, fué excluido por sentencia episcopal del estado eclesiástico, que por fuerza había abrazado. Algunos de sus compañeros de fechorías pudieron creer que se devolvería á su jefe su completa libertad de acción y pensaron en libertarle de la cárcel para ponerle de nuevo á su frente. Precisamente esto era lo que esperaba y aun deseaba el pérfido monarca, que hizo procesar segunda vez á su hijo, el cual, como seglar, fué por jueces seculares condenado á muerte. El padre conmutó esta pena por la de privación de la vista y cárcel perpetua, para cumplir cuya condena fué el infeliz joven conducido á Corbie. Carloman, sin embargo, no tuvo que sufrir el triste destino á que se le había condenado, porque poco tiempo después, con el auxilio de algunos de sus leales servidores y de dos monjes por estos sobornados, consiguió escapar del convento, á pesar de su ceguera, y llegar felizmente á la corte de Luis el Germánico. A haber gozado de la vista hubiera podido Carloman, en unión de su tío, poner en grave aprieto al padre, que tan duro con él se había mostrado: por el momento, tuvo la suerte de haber huido de su poder y de haber encontrado la cariñosa acogida y los solícitos cuidados que, por mandato de Luis, se le prodigaron primero en el convento Alban de Maguncia y luego en Echternach.

Poco tiempo después, en agosto de 875, falleció el emperador Luis II sin haber dejado sucesión y habiendo expresado el deseo de que le sucediera en la soberanía de Italia y en la dignidad imperial Luis el Germánico. En este sentido influyó también su viuda Engelberga en el ánimo de los magnates reunidos en Pavía; pero sus consejos no fueron seguidos. Entretanto, Carlos el Calvo, que previendo el caso que se presentaba hacia mucho tiempo que se había puesto de acuerdo con Juan VIII, se dirigió á Italia á marchas forzadas. Sus sobrinos Carloman y Carlos, que siguiendo las órdenes de Luis el Germánico debían cortar el paso por el Sur, no consiguieron detenerle en su marcha; de modo que el rey franco-occidental hizo en diciembre su entrada en Roma y el día de Navidad (según parece, se buscó con toda intención el aniversario de la coronación de Carlomagno como emperador) recibió de manos de Juan VIII la corona imperial, no, como sus dos antecesores, por derecho de herencia, sino como un favor concedido á él personalmente por la Santa Sede, hácia la cual mostró su agradecimiento con ricos presentes á la Iglesia y á sus servidores y apoyando sus pretensiones jerárquicas. Pero mientras Carlos se dejaba alucinar por el brillo de la nueva dignidad, se debatía contra él una formidable tempestad al Norte de los Alpes. Luis el Germánico no estaba dispuesto á permitir que se le arrebatara impunemente el derecho que, como vástago de mas edad de la dinastía carolingia, tenía á la corona imperial. Unido con su hijo, de su mismo nombre, aprovechóse de la ausencia de Carlos para invadir su reino, pasando á sangre y fuego una gran parte del país sin encontrar formal resistencia. La soberanía del emperador Carlos no estaba evidentemente asentada sobre sólidas bases, pues mientras el obispo de Roma se afanaba por asegurarle la corona imperial, una gran parte del clero franco significaba claramente que no vería con malos ojos el destronamiento de Carlos y

la soberanía en manos de Luis el Germánico. Esta tendencia de la opinión del clero franco-occidental, tan funesta para Carlos y para la política pontificia, fué expresada por Hincmaro de Reims en un notable manifiesto, en el cual aconsejaba á los obispos que presenciaran, sin hacer nada de su parte, el curso de la lucha y que consideraran como sentencia divina su resultado definitivo, es decir, que no abandonarían la causa de Carlos, pero que tampoco hicieran nada en su favor y contra Luis. De los magnates laicos del reino franco-occidental, muchos se pasaron, desde un principio, abiertamente á Luis el Germánico. Con espanto y cólera vió Juan VIII este movimiento tan funesto para su protegido y con lenguaje de mando y de censura amonestó á Hincmaro y á los demás obispos por su conducta, los calificó de traidores y de perturbadores de la paz y les amenazó con la excomunión para el caso de que persistieran en la actitud que habían adoptado. Mas claramente significó su disgusto á los magnates laicos y eclesiásticos del reino franco-occidental que habían apoyado la invasión de Luis en los territorios de su hermano. Comparó á Luis con Cain y calificó su empresa de obra del diablo, al paso que designó al emperador Carlos como elegido de Dios, como hijo fiel de la Iglesia y como dechado de justicia y de toda clase de virtudes. Entonces se produjo en el reino franco un grave movimiento, pues el clero de la mitad occidental del imperio, dirigido por Hincmaro de Reims, no estaba dispuesto á renunciar á sus antiguos derechos para someterse al yugo que trataba de imponerle el papa en unión del emperador Carlos. En un sínodo celebrado en 876 en Ponthion, en el cual se presentó Carlos con toda la espléndida pompa de su nueva dignidad, chocaron con fuerza aquellos antagonismos. Entretanto, Luis el Germánico se apresó á hacer valer por medio de las armas sus derechos sobre Italia, en vista de que Juan VIII y Carlos rechazaban en absoluto sus conciliadoras proposiciones, así como la propuesta que hizo de que se procediera á un reparto de los territorios en litigio. La dinastía carolingia y los reinos por ella gobernados vieron envueltos en nuevos desórdenes, y al propio tiempo que amenazaba estallar la lucha de familia, era inminente una gran lucha política y eclesiástica, de resultado muy dudoso, pero que de todos modos había de ocasionar nuevas pérdidas al ya quebrantado bienestar del país y á la cultura de sus habitantes.

Un inesperado fallecimiento dió de repente al asunto un giro pacífico. En 28 de agosto del año 876 murió Luis el Germánico de edad avanzada en Francfort sobre el Mein, y así quedó por este lado asegurado contra nuevos peligros el imperio de Carlos el Calvo. Luis el Germánico no puede ciertamente figurar entre los grandes soberanos: no era un hombre de espíritu creador como su padre, ni de un talento emprendedor que abriera nuevos caminos al desenvolvimiento de su pueblo; tampoco era de un carácter ideal que pudiera presentarse á sus contemporáneos como ejemplo digno de imitación; mas á pesar de esto, conquistó el afecto y el respeto de sus contemporáneos y de la posteridad, pues en vez de la costumbre de mentir, del mezquino egoísmo y de la ardiente cuanto impotente ambición que caracterizaban á su hermano Carlos y hacían de él una figura casi repugnante, la imagen de Luis, tal como se nos presenta en su vida activa y accidentada, seduce por su energía simpática y á veces ruda, por la afabilidad y franqueza de su lenguaje y de sus actos y por los atractivos de unos sentimientos cuya viveza se conservó aun en los tiempos de desgracia. La figura noble, varonil, caballerosa, bondadosa y humana del primer rey alemán se destacaba del fondo tenebroso de aquella época, y á pesar de algunas debilidades y de algunas faltas morales que también son de censurar en este carolingio, se presenta como la

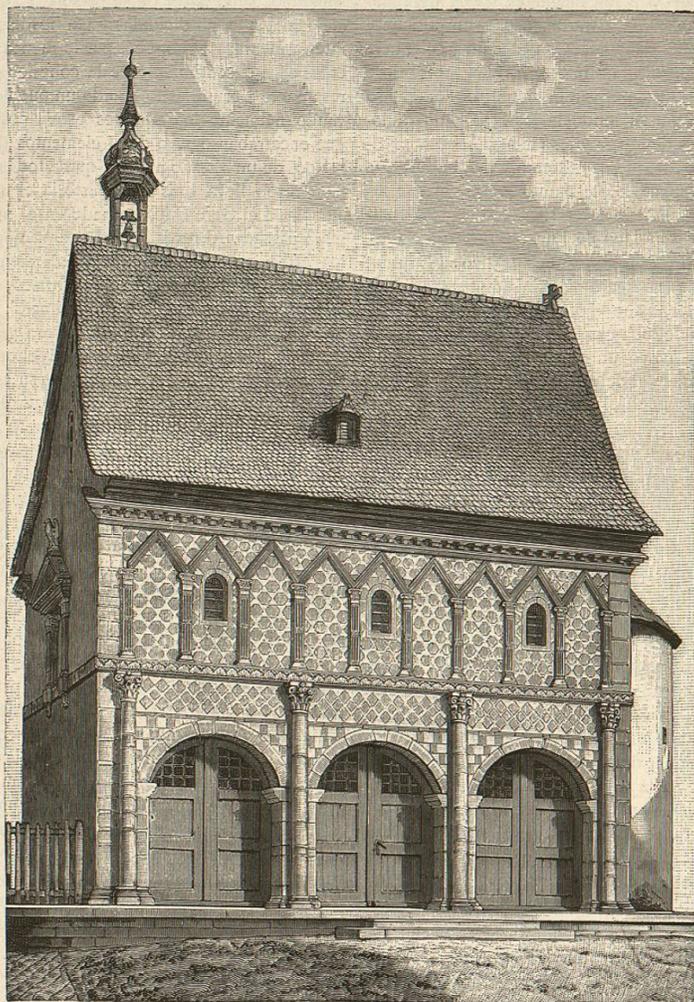
encarnación de las buenas cualidades que caracterizaban á las tribus germanas, por vez primera reunidas bajo su soberanía, que eran garantía de la futura prosperidad de su Estado. En esto estriba precisamente el mérito de este carolingio y de aquí arranca su importancia histórica. El fué el primer individuo de su familia cuyo gobierno hizo algo mas que destruir y separar lo que por naturaleza estaba íntimamente unido. Sin estar dotado de cualidades extraordinarias de soberano, supo hacer de su persona el centro de las tribus alemanas, que tan divididas y tan hostiles entre sí aparecían interiormente; y si no creó, por lo menos robusteció y avivó entre ellas el sentimiento de la cohesión y contribuyó poderosamente á reunir las formando un pueblo y á sentar, conservando fielmente los antiguos usos y costumbres, las bases, que encerraban dentro de sí elementos de desarrollo y evolución, de un Estado alemán que á todas las comprendiera. Con razón lleva Luis en la historia el sobrenombre de el Alemán ó el Germánico, tomado en el mas elevado sentido de la palabra. Al revés que su padre, amparó los intereses y los esfuerzos del pueblo; la poesía alemana tuvo en él un verdadero protector; el monje Otfried, de Weissenburgo, le envió su *Historia Evangélica* rimada; conocía los monumentos raros del antiguo paganismo germánico, como lo demuestran los notables versos de Weltbrand (*Muspilli*) que se encuentran en el devocionario de su esposa Emma y que probablemente fueron en él escritos por la propia mano del rey. Luis fué en extremo querido por su pueblo: su reinado no se vió turbado por dificultades interiores, sublevaciones, conspiraciones ni luchas injustas, como las que destruían los vecinos reinos, y fué general el sentimiento que le acompañó al sepulcro.

No puede afirmarse en absoluto que el rey tuviera plena conciencia de la situación que ocupaba, ni que con claro conocimiento de causa la hubiese hecho valer en sus rasgos y en sus fundamentos, ni que sus esfuerzos hácia la unión de las tribus germanas hubiesen sido el objeto y la base de su política, pues el talento político de Luis ni era mayor ni de distinta naturaleza que el de los demás príncipes carolingios de aquella época; Luis el Germánico había procedido también impulsado por su ambición, por el deseo de engrandecerse y por el afán de conquistas. Si no hubiera sido así, si aquel monarca hubiera concebido grandes planes políticos, seguramente no habría puesto en peligro la unión bajo su cetro de las tribus alemanas á costa de tantos esfuerzos conseguida ni el principal resultado de su largo gobierno, como lo hizo con su prematura división de su reino en tres porciones. Siguiendo las cosas un curso parecido al que siguieron antes, en tiempo de Lotario, no eran del todo infundadas las grandes esperanzas que concibió Carlos el Calvo al tener noticia de la muerte de su temido hermano. Carlos consideró roto el tratado de Meerssen, y, con auxilio del papa, pensó no solo apoderarse de toda la Lorena sino también someter, como emperador, á los hijos de Luis el Germánico bajo su soberanía, restablecer la unidad del imperio y representar, como su ilustre abuelo, el papel de señor universal. Apenas enterrado Luis, según su propia voluntad, en Lorsch, no lejos de Worms, donde posteriormente su hijo Luis el Joven hizo construir una magnífica iglesia que se llamó *La abigarrada* por estar sus paredes cubiertas de un mosaico encarnado y blanco (1), estalló la lucha entre sus hijos y su ambicioso hermano. Este se encontraba, en octubre, cerca de Colonia y procuraba engañar al joven Luis acerca de sus verdaderas intenciones; pero no pudo conseguir su objeto, pues avisado Luis oportunamente, salió á campaña con un ejército de francos rinianos, turin-

(1) Otte: *Historia de la arquitectura alemana*, I, pág. 107.

gios y sajones, pasó el Rin y libró en Audernach (8 de octubre de 876) contra su tío una sangrienta batalla cuyo resultado fué la completa derrota del ejército imperial. Carlos se vió obligado á abandonar su campamento, con todos los tesoros que contenía, y á dejar una multitud de prisioneros en poder del vencedor, huyendo precipitadamente á refugiarse en las fronteras de su reino. Los vencedores se contentaron

con haber rechazado gloriosamente el ataque. Este suceso aumentó el antagonismo entre los francos occidentales y los alemanes y fomentó entre estos últimos el espíritu de union. Los hijos de Luis el Germánico procuraron vivir en la mayor armonía, celebrando una entrevista en Riess, donde confinaban sus respectivos territorios. Terminadas las disidencias que entre ellos existían, renovaron y completaron la división



Iglesia llamada *La abigarrada*, de Lorsch (Baviera).

La fachada lateral, que es la que representa el grabado, data, exceptuando las puertas de madera que cierran el hueco de los tres arcos, de la época carlovingia, durante la cual sirvió de entrada á la abadía de Laurissa, ó Lorsch, en la que fueron sepultados Luis el Germánico y su hijo Luis el Joven

ordenada por su padre en 865, en virtud de la cual el hermano mayor, Carloman, recibió la Baviera, que desde hacia mucho tiempo estaba considerada como territorio principal, juntamente con la Marca oriental, la Carintia y las comarcas eslavas, vecinas y feudatarias; mientras que Luis obtuvo la Franconia, la Turingia y la Sajonia, y Carlos la Suabia y la Curwalquia. Por el año de 865 y aun por el de 872 fué sancionada aquella primera división, organizándose también la administración de la rica Lorena, recientemente conquistada,

y produciéndose en la situación un cambio notable en virtud de la modificación sufrida en el trono de Italia y últimamente por el desleal ataque de Carlos. Los hijos de Luis el Germánico tomaron en cuenta esta circunstancia cuando resolvieron continuar mancomunadamente la política seguida por su padre en el curso de tales sucesos. La alianza que juraron mantener tendía no solo á conservar la Lorena, cuya posesión quedaba asegurada por la victoria de Audernach, sino también á hacer valer los derechos que sobre Italia y el imperio

tenía la línea primogénita de los carlovingios. Destinada naturalmente la dignidad imperial al hermano mayor, Carloman, y una vez satisfechas las pretensiones que sobre ella alegaba, la Lorena y la Italia debían ser repartidas por igual entre los tres hermanos; mas por el momento, la Lorena quedó en poder de Luis, que con tanto valor había sabido defenderla contra el ataque del ambicioso tío, mientras Carloman se aprestaba á pasar los Alpes para conquistar el reino de Italia.

Las circunstancias no fueron allí del todo desfavorables para él, pues la inepticia del emperador Carlos tenía entregado aquel infortunado territorio á toda clase de desdichas y hacia cada vez mas general el deseo de que una mano fuerte se apoderara de las riendas del gobierno y pusiera término á los males que en el interior y en el exterior afligían al país. En efecto, no eran ya únicamente las costas las que tenían que sufrir las rapaces correrías de los sarracenos, las mismas grandes ciudades no estaban seguras contra ellos y mas de una vez la misma Roma temió ser víctima de un repentino golpe de mano de aquellos piratas, que de tal manera se instalaron en la Baja Italia que este país podía considerarse casi como árabe. Los infelices habitantes no cesaban de implorar auxilio, y las apremiantes instancias y súplicas de Juan VIII no conseguían sacar al emperador de su inercia y de su egoísmo ni moverle á hacer aquello á que como emperador estaba mas que nadie obligado. Durante mucho tiempo, sintió el papa haber entregado la corona imperial á semejante hombre, pues de seguro hubiera podido esperarse muy distinta conducta del «grande y buen,» así lo calificaba entonces, rey Luis. De esta suerte el partido alemán, que anteriormente se había movido y que pretendía el imperio para Luis, conquistó en aquel tiempo gran influencia en Roma, influencia que no perdió á pesar de haber sido expulsado de la ciudad. Carlos, después de la muerte de su hermano y de haber fracasado en Audernach la tentativa para apoderarse de su herencia, al saber que Carloman se disponía á marchar hacia el Sur, creyó que debía asegurar en Italia su situación, que en tan inminente peligro se había visto. Juan VIII se apresuró á juntarse con el emperador, con quien se reunió en Pavia, dirigiéndose

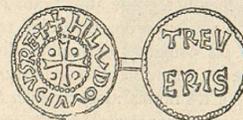
de ocupar. Fué un niño mimado de la fortuna, que en virtud de circunstancias no creadas, ni siquiera influidas por él, venció á sus competidores, que trabajaban y valían mas, sin sentirse á pesar de ello satisfecho y sin gozar de estimación ni aun entre sus mismos compañeros y auxiliares. Fué un indolente, que en aquellos revueltos tiempos consiguió sin esfuerzo alguno lo que de otra manera solo puede conseguir un conquistador en el campo de batalla. El analista fuldense dice sin ningún reparo, hablando de él, que cuantas veces tuvo que hacer frente á sus adversarios, otras tantas ó emprendió francamente la fuga ó huyó á escondidas de su ejército; que fué un maestro en el arte de la intriga, hipócrita, desleal, embustero, infiel, felon, poseído de insaciable ambición, afanoso por juntar tesoros, feliz cuando podía exhibirse, inflado de vanidad como un pavo, cubierto de vestiduras cuajadas de oro y adornadas de magníficas piedras preciosas, sin ninguna de las cualidades que debe



Busto de la emperatriz Riquilda.

tener un soberano, ni siquiera con la voluntad de cumplir con los deberes de tal, y además desgraciado en sus actos y una verdadera calamidad para los países reunidos bajo su cetro.

Con la muerte de Carlos el Calvo se aumentaron las probabilidades de éxito de los carlovingios alemanes, y los tres hermanos pudieron esperar la realización del programa convenido en Riess. Carloman, que se presentó entonces en Italia, fué reconocido como rey en Lombardia; los mas poderosos magnates de la península, el marqués Adalberto de Tuscia y el duque Lamberto de Spoleto, abrazaron su causa, y Juan VIII se encontró en grave aprieto cuando Carloman le exigió la corona imperial, no como un favor comprado por oro y servicios á la Santa Sede, sino como un derecho que le correspondía como primogénito de la dinastía carlovingia. El papa procuró ganar tiempo con ambiguas negociaciones, mientras se disponía á pasar los Alpes para hacer allí causa común con Luis el Tartamudo, sucesor de Carlos en el trono de Francia, contra los temidos hijos de Luis el Germánico. La suerte fué entonces favorable al pontífice, pues una peste que diezmo el ejército de Carloman obligó á este á repasar los Alpes. El ataque que Lamberto de Spoleto y Adalberto de Tuscia, unidos á los adictos al partido alemán y desterrados de Roma, intentaron contra la ciudad eterna, no tuvo el éxito deseado, y el papa pudo llegar felizmente á los territorios de su protegido, que fué por él coronado rey en Compiègne en 7 de diciembre del año 877. Pero ni la persona de Luis el Tartamudo, ni la



Moneda de Luis el Germánico.

Anverso. Leyenda circular: HLVDOVICVS REX; en el centro hay una cruz con cuatro bolas en los ángulos.—Reverso. Leyenda: TREVERIS.

luego ambos al Oeste, hacia Tortona, para resistir á la invasión que preparaba Carloman. Sin embargo, en el momento decisivo, le faltó á Carlos el valor, y aprovechando un aplazamiento de la invasión temida, regresó precipitadamente á su reino del Norte. Durante el viaje, enfermó y falleció en 6 de octubre del año 877 en una aldea del valle del Arc, en brazos de su esposa Riquilda, cuya consagración como emperatriz había sido el único resultado de su vergonzosa expedición á Italia. Carlos fué un hombre sin cualidad alguna notable, que á la perseverancia de una madre que le adoraba, á la abnegación desinteresada de leales partidarios y sobre todo á la desunión de sus adversarios, que personalmente eran muy superiores á él, debió una posición que bajo todos conceptos y en todo tiempo se mostró indigno